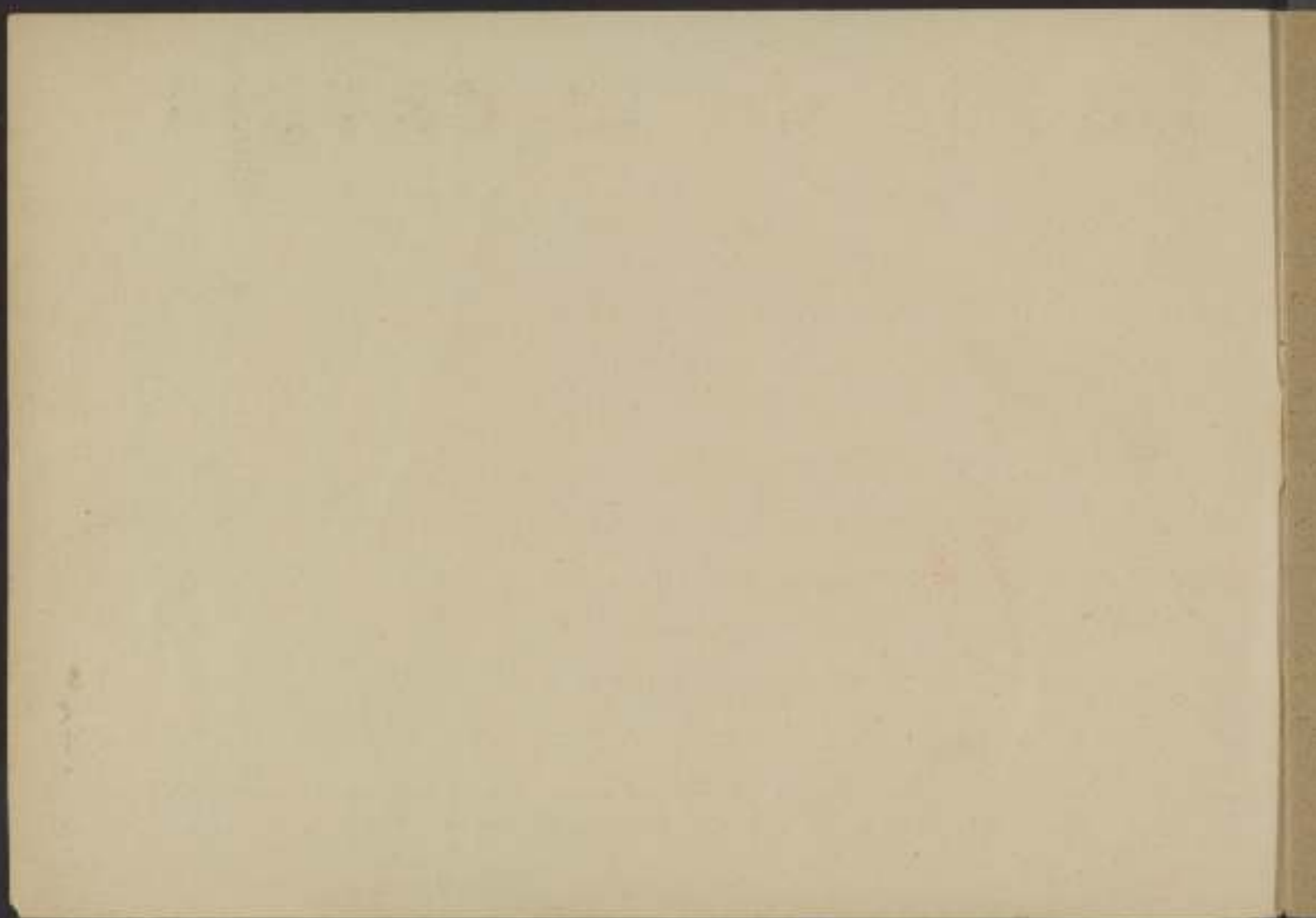


EDICIONES
150
DTS.
BISTAGNE

Tyrone
POWER
Gene
TIERNEY
John
PAYNE
Anne
BAXTER
Clifton
WEBB
Herbert
MARSHALL

El Filo de la Navaja



El filo de la navaja

Magnífica superproducción, según la novela de
W. SOMERSET MAUGHAM

Guión cinematográfico de
LAMAR TROTTI

Productor
DARRYL F. ZANUCK

Director
EDMUND GOULDING

Es un film
TWENTIETH CENTURY-FOX

Distribuido por
HISPANO FOXFILM S. A. E.

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

REPARTO

Larry	Tyrone Power
Isabel	Gene Tierney
Gray	John Payne
Sofia	Anne Baxter
Elliott	Clifton Weeb
Somerset Maugham	Herbert Marshall

El filo de la navaja

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Somerset Maugham, el famoso escritor se hallaba de paso en Chicago, en el verano de 1919, en su eterno recorrer el mundo en busca de nuevas inquietudes para sus celebradas novelas, cuando recibió la invitación de Elliott Templeton, un conocido ayo de Londres y París, para cenar con él y su hermana, la señora Bradley, en una de esas clubs campestres que tan importante papel representaban en la vida americana durante los prósperos años que siguieron a la llamada Gran Guerra.

Elliott Templeton era un caso corriente de hombre rico, sin blasones, pero que se asegura a sí mismo tenerlos, sin que se lo reconozca nadie, y que despilfarró su fortuna en dar suntuosas fiestas a la alta sociedad para codearse con los mejores títulos, viviendo sólo de la ilusión de figurar como auténtico personaje.

Por esta razón, no podía ver con buenos ojos el noviazgo de su sobrina Isabel con Larry, el joven aviador recién licenciado después de haber luchado durante la guerra con heroísmo ignorado de la mayoría, pues no tenía ni la menor posición prometedora.

Isabel, a quien su madre dejaba en libertad de acción para elegir a quien la llevara al altar, sin el egoísmo material de Elliott, estaba enamoradísima de su novio, a quien deseaba poder ofrecerle un buen empleo, obtenido entre sus amistades, a fin de poder casarse con él.

Somerset Maugham mostraba sumamente satisfecho aquella noche de fiesta al ir conociendo a los distintos personajes que habían de constituir su próxima novela.

Dedicó especial atención a Larry, al que sabía hondamente preocupado, como si en su ser luchase otro hombre que pugnase por abrirse camino entre las tinieblas en que le habían envuelto los acontecimientos ocurridos durante la horrorosa contienda.

En efecto, Larry, a pesar de estar, a su vez, enamorado sinceramente de Isabel, no estaba dispuesto a hacerla su esposa antes de haberse hallado a sí mismo, es decir, antes de que supiese lo que constituía una constante obsesión para él: la verdad.

No era ciertamente anormal el ojo al ayo, no. No obra-ba a impulsos del hombre alegre y confiado que fue siempre, sino guiado por otro espíritu. Consecuencia todo ello de una conmoción moral sufrida al final de la guerra, cuando sonaron los últimos disparos. Iba a morir, pero otro hombre le salvó. El muerto debía ser él y, en cambio, vivía por el muerto. Y se sintió desde entonces desligado de sí y atado a un destino que se le antojaba infinitamente mejor que el de los vulgares mortales. El sacrificio del muerto le revelaba que existía, en el mundo algo sublime y en alcanzarlo había de poner todo su afán.

Por estas razones, el noviazgo de Larry e Isabel era in-

fortunada, pues chocaban dos polos opuestos: el amor a la tierra de ella y el amor hecho de anhelo de superación: materia y espíritu.

Contrastando con tan dispar pareja, Sofia y Bob, amigos de Isabel, eran inmensamente felices en su noviazgo. Se querían. Se habían estado buscando, se habían hallado, se casarían. El uno completaría al otro, sin complicaciones de ninguna clase. Amores predilectos por ausencia de ambición y de egoísmo.

Otro personaje había de ser atentamente analizado en el laboratorio del novelista. Se trataba de Gray Maturin, apuesto hijo de acudido financiero, blanco de las aspiraciones orgollosas de Elliott Templeton y de los comprensibles deseos de la señora Bradley, para que se casara con Isabel, a la que los millones de los Maturin asegurarían un brillante porvenir.

Gray era el amigo íntimo de Larry y también estaba enamorado de Isabel, pero ésta sólo veía materialmente por los ojos de Larry, por lo que, conservándose buena amiga de Gray, se dedicaba por entero a Larry, prometiendo a éste, como señalando a una última esperanza de que reaccionase durante su ausencia, en busca de lo que él se proponía encontrar, que lo esperaba con la ilusión puesta en que volviese pronto a un lado convencido de que allí estaba la verdad, su felicidad, el goce supremo de la vida. No se dejó tentar, pues, Larry por la maravilla que era Isabel, ni por los empleos ofrecidos, pues en aquellas circunstancias, tal como él veía la vida, la vida que vivían ellos, aceptar hubiera significado renunciar al hombre nuevo que nacerá en el después de la guerra.

Larry se fue a París y vivió pobremente en el Barrio Latino, rodeado de artistas y escritores, comprando libros raros y devorando los más interesantes de las bibliotecas, estudiando la sabiduría de los demás, almacenando y puliendo ideas, pero sin llegar a pensar de ellas, a despejar las nebulosas de su ansiedad. Había de haber algo claro, rotundo, que diese la verdadera paz. No cesaría hasta encontrarlo.

No tardó Isabel en ir en su busca a París donde su tío tenía un lujoso piso. La acompañó su madre. Estaba segura Isabel de conseguir llevarse a Larry de nuevo a Norteamérica, pero no fue así. Encontró al mismo ser indecisa que se había ido de Chicago aquella memorable noche en que ella creyó, después de besarle intensamente, que ya no se le escaparía.

Durante un mes tuvo Isabel de zafarse, pero en vano, impulsada por el amor que sentía por ella, y agradeciéndole el suyo, y para probar el mismo, Larry le manifestó que no casaría con ella si se avenía a vivir de la renta de que él disfrutaba, modesta en verdad, pero que les permitiría vivir decentemente y, además, si aceptaba ayudarlo a perseguir su ideal, el ideal que sabía había de encontrar en alguna parte. Pero Isabel ambicionaba algo más que vivir en una casa tan misera como la que habitaba Larry en un barrio tan heterogéneo y sucio. Debaba vivir como vivía, adalada por la sociedad y mimada por la fortuna, y en vista de la negativa de Larry a abandonar su idea decidió devolverle su anillo de prometida, volviendo apesadumbrada a casa de Elliott, mansión de estridente riqueza y de un gusto muy dudoso de nuevo rico. Allí planeó a solas un nuevo intento de asedio de Larry y salió con él aquella noche luciendo un maravilloso vestido negro, luciente y deslumbradoramente hermosa. Visitaron varios lugares de diversión, entregándose por entero a aquella felicidad que sabía había de terminar



*...placó un nuevo asedio de Larry
y salió con él aquella noche...*

en cuanto Larry la acompañase hasta su casa. De regreso, le invitó a entrar para beber algo juntos. Una apasionada escena de amor tuvo lugar entre los dos enamorados: en la que parecía que Isabel, vencida, iba a entregarse por entero a su anfitrión, pero de pronto reaccionó y le despidió bruscamente sin explicación alguna... con gran satisfacción por parte de Elliott, que los estuvo espionando irrisiblemente, convencido de todo lo que había estado dispuesta a hacer Isabel por Larry.

—¡Eres odioso, tío Elliott!—le echó en cara ella, al ver descubiertas sus intenciones.

El fracaso de su amor llevó a Isabel a los brazos de Gray Martin, que nunca los había cerrado para ella. Se casaron Corría el año 1921. Fue un boda como pocas. Se gastó una enfermedad. Elliott estaba en su elemento satisfecho de que, al fin, su constancia en machacar sus teorías prácticas en la cabecita dura de su sobrina, hubiese dado el fruto apetecido por él.

La simpática y llana Sofia también se había casado con Bob, su primer y único amor, y era muy dichosa con su marido y su hijito. No podían faltar a la boda y asistieron los dos, con su natural modestia.



—¡Eres odioso, tío Elliott!



Fue una boda como pocas.

Roopert Mangham, el eterno observador internacional de los caprichos de la vida, también estaba allí.

Isabel estaba hermosísima, ricamente hermosa.

Nadie parecía acordarse ya de Larry, pero Larry existía, existía más y mejor cada día. Se forjaba a sí mismo con un tesón admirable.

En su eterno caminar, sorprendióle el año 1925 trabajando en una mina de carbón, como uno más en las numerosas brigadas de topas. Era amigo de todos, pero principalmente de los más inteligentes de aquellos que, afligidos por una pena o atormentados por el pasado, vivían huyéndose a sí mismos, y

así se hizo el inseparable de Kost, un polónes que se decía ateo y se consumía, dentro de su envoltura de hombre feo, en el fuego del remordimiento por haber negado a Dios, ese Dios cuyo castigo temía.



...trabajando en una mina de carbón, como uno más...

Kost hula de sí mismo por su delito de apostasía mientras que Larry se buscaba a sí mismo sin saber si creía en nada...

Y fue Kost quien le indicó que allá en la India vivía un místico, al que él fue tiempo atrás a consultar para alivio de su terrible mal mental, y el cual sabría sin duda aclararle sus dudas.



Kasti le indicó que allá en la India vivía un místico...

Y Larry fué a ver al místico en cuestión, santo varón lleno de sabiduría, que vivía en contacto de la naturaleza, animando congojas a numerosos peregrinos y señalando el buen camino a los descarriados.

—Deseo aprender —le dijo— Desde que terminó la guerra me encuentro como perdido... Busco algo que con palabras no puedo expresar. Alguien me indicó que usted me podría guiar.

—Tan sólo Dios es guía, pero quizá si hablamos el uno nuestro el camino para ayudarte —repuso el venerable anciano de majestuosa barba blanca.

—Para mis amigos soy un haragán que rehuye las res-

ponsabilidades. Ni aquellos que más queridos me son logran comprenderme.

—El hecho de dejarlo todo para venir desde tan lejos en busca de la sabiduría prueba que no temes a las responsabilidades. Incluso el admitir que quieres aprender es en sí mismo acto de valor.

—He estudiado, he viajado, he leído todo cuanto cayó en mis manos y nada logró satisfacerme. Yo al igual que todos, deseo triunfar y perfeccionarme, pero no en el sentido que el mundo acostumbra llamar éxito. Perdí por completo la



—Deseo aprender...

confianza en los valores enseñados, intenté todo con el propósito de aquietar mi espíritu y mitigar mis ansias, pero con-

seguí santamente reaviverlas. Sé que al encuentro lo que estoy buscando será para compartirlo con otras personas. Pero ¿cómo encontrarlo y dónde?

—No es único tu caso ni inútiles tus preguntas, hijo mío. El mundo entero está lleno de confusión. Y así continuará en tanto que los hombres persigan ideales equivocados. No habrá felicidad verdadera hasta que ellos no aprendan a buscarla en sus propias almas.

—Lo sé.

—Está escrito que el hombre sabio vive dentro de sí mismo, refugiándose en Dios y haciendo altar de su corazón. Sólo así se encuentra calma, tolerancia, compasión, sencillez y paz perdurable.

—Eso no es fácil.

—No. Aspero en verdad es el camino de la salvación. Y tan estrecho como el filo de una navaja. Pero vale la pena continuarlo hasta el fin. Hay en cada uno de nosotros un destello de la bondad infinita que nos ha creado... y al abandonar este mundo vamos hacia ella... igual que la lluvia que cae del cielo acaba uniéndose al mar, de donde salió en un principio.

Larry sintió gran alivio ante tan sabias palabras, y preguntó:

—¿Puedo quedarme con usted?

—Puedes, hijo mío. Sencilla es nuestra vida. Tenemos libros. Conversaremos juntos. Incluso puedes trabajar en los campos, si lo deseas. Los indios creemos que hay tres medios de llegar a Dios: Uno, el camino de la Fe y la oración. Otro, el de las buenas obras por amor a Dios realizadas. Y el tercero es aquel camino que a ti nos conduce a través de la sabiduría. Tú has elegido este último, hijo mío, pero al final verás claramente que los tres caminos no son más que uno.

Entretanto, en Chicago, Gray Maturin era llamado de urgencia a un hospital, requerido por Sofia, que con su esposo e hijita había sufrido un accidente. Gray era amigo de ellos y fue encargado por el doctor de confortar a la pobre Sofia en el duro trance por que pasaba... pues su esposo y su hijito habían muerto y ella los reclamaba constantemente. Fue harto doloroso para Gray revelar tanta tragedia a la enferma, pero era necesario hacerlo. Ilusiones y esperanzas, todo se desmoronaba en un instante para la infeliz Sofia, tan amante, tan sencilla, tan singularmente modesta y feliz hasta entonces con la ventura de su amor familiar.

Cada cual tiene en la vida su destino. Larry lo buscaba



...todo se desmoronaba en un instante para la infeliz Sofia.

y en su búsqueda aceptó seguir los consejos del místico, ante quien se presentó algún tiempo después de su permanencia a su lado, dispuesto a marcharse.

—¿Estás dispuesto a efectuar tu peregrinación?—le dijo el Maestro.

—Sí, pero no echaré de menos. Aquí he sido muy feliz.

—También te añoraremos. Pero los libros no pueden darte nada más. Llegó el momento de apartarte del mundo. Te tienes que aislar por completo y elevar tu espíritu. Mira esos combes. A veces ocurren cosas extraordinarias cuando estás en la montaña, sin un alma viviente a tu alrededor y nada sobre ti más que el cielo y Dios.

—¿Qué clase de cosas?

—Eso, hijo mío, depende de ti. Allí en la cima encontrarás un pequeño refugio. Harás de él tu hogar. Cuando haya pasado cierto tiempo podré que yo vaya a visitarte.

Obedeció Larry y cumplió su palabra el Maestro.

—¡Al fin, Maestro!—exclamó Larry al verlo llegar a su refugio.

—Deja que te mire... Si, ya lo veo.

—Era cierto. Algo muy extraño acaba de pasar.

—Lo sé, dice.

—Fue en ese momento en que acaba la noche y el día comienza. Cuando el mundo entero parece temblar en la balanza. Gradualmente la luz va desvaneciéndose la oscuridad. Luego los primeros rayos del sol alumbran. Las montañas semejan rutilantes rubíes. No había visto ni sentido nunca nada igual.

—Lo sé. Vengo con frecuencia.

—Noté que me libraba de mi cuerpo, que estaba suspendido en el air; que lo que antes resultaba confuso para mí, se aclaraba repentinamente. Tenía la sensación de un saber sobrehumano, algo que se querrá dentro de mí y era libre.

Sabía con certeza que moría si seguía así y, sin embargo, quería morir con tal de que durase, porque... por un solo momento sentía que...

—...estabas junto a Dios.

—Podrías estar aquí eternamente. Nunca me cansaría.

—No, debes volver. Estás en disposición de volver. No es necesario abandonar el mundo. Por el contrario, has de vivir en él y amar las humanas criaturas, no sólo por ellas sino porque todo es obra de Dios. Tu puesto está entre tu pueblo. Hijo mío, tú eres de los afortunados. Por gracia Divina has podido experimentar la gran belleza del mundo. Esa sensación de alegría, esa instable visión, permanecerán vivas en tu memoria hasta la hora de la muerte.

—Gracias, Maestro.

* * *

En París, Somerset Maugham, de regreso de su viaje por Oriente, encontró de nuevo a Elliott Templeton, el sempiterno vanidoso, el cual había conseguido por altas personalidades que se rehabilitase a su favor un antiguo título de familia.

—Soy descendiente, por línea materna, del conde de Lauria, que fué a Inglaterra con Felipe II y casó con una dama de la Reina María —le dijo, hinchado de orgullo.

Por tan curioso ejemplar de hombre inútil supo Somerset Maugham que Isabel y Gray Matarin estaban en París con sus dos hijos. Que Gray se había arruinado. Fue cosa rápida, fulminante. El crac norteamericano que liquidó tantas fortunas después de la guerra. Gray enfermó. No podía trabajar, aunque encontrase dónde. Y como él, Elliott, no quería que viviesen mal, les cedió su piso en París, ya que él tenía una



Gray se había arruinado. Fue cosa rápida, fulminante.

villa en la Riviera, donde se codeaba con ilustres personajes, hasta con dos ex reyes nada menos. Su fortuna era sana. Había escapado de la crisis por haber sido prevenido a tiempo.

El novelista invitó a cenar con él a Elliott y en el restaurante que aquél eligió se dieron de manos a boca con Larry. El ambiente del restaurante y el encuentro con Larry hicieron desistir al pulcrísimo aristócrata de acompañarles y se excusó con un trivial pretexto, de lo que se alegró el escritor, pues así podían hablar a solas él y Larry, personaje que acaparaba toda su fina atención de profundo psicólogo compartida con una sincera simpatía.

Y por Maugham supo Larry que Isabel Gray y sus hijitas



Gray enfermó. No podía trabajar.

estaban en París. Y la ruina de Gray. En fin, la precaria situación de Isabel que sacrificara su amor por el dinero y que tuvo que vender todas sus joyas.

Conviniere en que Larry iría a visitar a sus antiguos amigos, previniendo a éstos antes al escritor.

—¿Larry en París? ¿Dónde estuvo?—preguntó Isabel con una llama de ilusión en sus ojos.

—En la India.

—Pero yo no sabía... No sabía que había estado en la India.

—Va a venir aquí.

—¿Le contó nuestra situación económica?

—¡Cuántas vueltas puede dar la vida! Tenemos casi los mismos ingresos que Larry poseía cuando deseaba casarse conmigo. Y no acepté porque me era imposible vivir con aquello... Y hoy tengo dos hijas además.

La reparación de Larry en la vida de Isabel hizo rebrotar la llama nunca extinguida de su gran amor, amor hecho de deseo exclusivamente. Y Larry veía cambiado, con una luz irremediable en toda su porte, seguro de sí mismo, tan seguro que Gray fue sometido a una prueba de valentía por él y se operó el milagro de devolverle en unos momentos la serenidad que había huido de él a raíz de su ruina. Sus dolores de cabeza, su debilidad visual, todo desapareció como por ensalmo.

—¿Aprendió eso en la Italia? — le preguntó, gratamente sorprendido, el novelista.

Y él repuso con naturalidad:

—No hay nada milagroso en ello. Simplemente inculqué en él una idea. El resto lo hará él mismo.

Y el resto lo hizo Gray perfectamente. Se recuperó a sí mismo en un instante.

Fueron a cenar juntos los cuatro amigos y en el café contanto que visitaron antes de retirarse a dormir vivieron una escena que ni remotamente podían sospechar. ¡Encontraron en él a Sofía, convertida en un pinguo humano! La infelice bebía para olvidar y se había cada vez más en el vicio.

Sofía les reconoció y, recordando su juventud a través de los vapores del alcohol, encontró consuelo en evocar aquella época con Larry, que siempre había sido un excelente amigo.

—Leíamos poesías juntos. ¿Te acuerdas, Larry?

Sonaba a sarcasmo escuchar la palabra poesía en un ambiente denigrante como aquel.

Si, Larry recordaba y, a instancias de ella, prometió visitar a Sofía... con mal reprimidos celos por parte de Isabel.

La escena fue interrumpida por el "amigo" de Sofía y estuvo en un tría que no ocurriese una riña entre el desahogado, los sujetos y los compañeros de Isabel.



—Leíamos poesías juntos. ¿Te acuerdas, Larry?

Larry quedó consternado. No sabía nada. Isabel le contó lo ocurrido a la infelice, pero dejando bien sentado que ya no había empuñada para ella, pues se había entregado por completo a la bebida.

—Hicimos, por ella, lo que pudimos, pero de nada sirvió. Al fin tuvimos que abandonarla.

Explicaciones contundentes, pero no convincentes para Larry, cuyo regreso a su modesto hogar fué infinitamente triste ¡Pobre Sofía!

Tan profunda emoción causó en Larry el hundimiento de Sofía, que se propuso regenerarla, devolverla a lo que siempre había sido... y, a pesar de todo, resolvió casarse con ella.

Tamara locura salvó a Isabel. Consideraba a Larry algo suyo, lo sería siempre, y nunca jamás consentiría que se casara con Sofía.

Isabel llamó a consulta a Somerset Maugham. Quería que la ayudara. Pero el escritor se puso de parte de Larry.



...se propuso regenerarla...



Isabel llamó a consulta a Somerset Maugham.

Larry desea salvar el alma de la desdichada Sofía, a quien conoció como inocente niña. Y no hay nadie que tenga ningún derecho a impedirlo.

—¿Puedo dejar que destruyan su vida?

—¿No es cierto que le quiere usted mucho?

—Es dolorosa reconocerlo, pero es la verdad.

—Entonces ¿no querrá perderla del todo? Hágase amigo de Sofía. Sea muy amable con ella.

E Isabel se hizo amiga de la infeliz. La llamó a su casa... y pasó a su alcance un apetitoso licor que en otra ocasión, con motivo de una reunión a la que asistió con Larry, se



Isabel se hizo amiga de la infeliz...

negó a beber, porque ya no debía desde que Larry iba a casarse con ella. Pero otra día motivo a Sofia a caer en la desesperación al recordarle, con un retrato de una de sus hijitas, a su propia hija muerta. Y quiso aliviar. La tentación y el dolor la vencieron. Y desapareció de nuevo.

Larry la fue a buscar en los tugurios de los barrios bajos. Dio al fin con ella en un fumadero de opio, donde bebía incansablemente el mismo licor que pusiera ante ella Isabel en su casa. Sofia estaba completamente borracha. Larry quiso arrancarla de allí a la fuerza. Se promovió un fuerte altercado. Luchó denodadamente, pero fue al fin arrojado a la calle, mientras Sofia había alucinadamente sin rumbo fijo.



Dió con ella en un fumadero de opio...

Sofia apareció bruscamente asesinada y fueron llamados a declarar en la Comisaría del distrito Somerset Maugham y Larry, por haberse hallado entre los efectos de la casa de la interfecta objetos relacionados con ambos. Quedó demostrada la irresponsabilidad de uno y otro en el hecho y los dos amigos se encargaron piadosamente del entierro. Y salieron luego juntos hacia la Riviera, donde Elliot Templeton, en su residencia de Niza, estaba govemente enfermo.

El vanidoso se moría, se moría arrastrado por aquel en-



...pero fue al fin arrojado a la calle...

fermedad y el dolor de separarse de este mundo sin haber sido invitado a una fiesta de una princesa a quien en múltiples ocasiones él invitara. Y quería confesar con un enviado del propio señor Obispo, como correspondía a su condición.

Parecía una ridiculez, pero no era así para el conocedor de las flaquezas humanas. Somerset Maugham, y el comprensivo Larry, los cuales arreglaron las cosas de tal modo que fue el propio señor Obispo quien le dio los auxilios espirituales en sus últimos momentos y se recibió la invitación de la princesa a tiempo de que el moribundo la pudiese leer.

antes de exhalar el último suspiro, después de haber hecho donación de todos sus bienes a Isabel y Gray, quienes habían acudido apresuradamente a la cabecera del enfermo.

...

Isabel hablaba con Larry, Gray volvería a rehabilitarse gracias a la fortuna de Kilson y le ofrecería un buen empleo, por gratitud Larry y por no separarse nunca de él Isabel.

Fue inútil, Larry debía seguir su camino. Aún no había logrado encontrarse completamente a sí mismo.

—Encontré algunas de las cosas que buscaba y tal vez un día pueda hallarlas todas. Pero en todo caso debo continuar buscando. No es fácil ni divertido. Conoci momentos de verdadera desesperación. Tuve... en fin, eso ya pasó, pasó del todo. Hoy sé lo que necesito y dónde encontrarlo. Estoy seguro de que a Gray le ocurrirá lo mismo porque está en su segunda oportunidad. Sé que sabrá adelante.

—De acuerdo, tal vez sea así. ¿Y no piensas en mí? ¿No significa nada para ti el que te quiera... el que nunca haya yo amado a nadie más que a ti? ¿Que mis hijas pudieran haber sido tus hijas? Qué... ¡Oh! ¿Por qué no me casé contigo cuando tuve ocasión? Y la tuve, sabes que la tuve. Aquella noche en París estabas dispuesto a dejar todas tus locuras por mí. Si hubiese tenido talento te hubiese salvado, pero no, te dejé marchar, creí que habías sido noble y tú estúpido. Mírame, Larry. Soy tu único amor. Tú sabes que me quisiste siempre. Di que es cierto, di que sabes que es cierto, Larry, te quiero, te quiero. Prométeme que volverás con nosotros, prométemelo.

Larry miró profundamente a Isabel y reposó.

—Háblame de Sofia.

—¿Sofia? ¿Qué le pasa a Sofia?

—¿Aquella tarde que estuvo en tu casa, bebió alguna cosa?

—Sí.

—¿Petzovka?

—¿Cómo lo sabes?

—¿No es extraño que se le ocurriera pedir un licor tan poco corriente?

—No le pidió ni yo se lo di. Se lo sirvió sola. Ya sali un momento para recoger a la niña y cuando regresé Sofia se había ido... y la botella estaba vacía.

—Y cuando volviste y te encontraste aquello, ¿no te sorprendió?

—Supuse que se cansó de esperar. Cuando noté que la botella estaba vacía le eché la culpa al cristal. Estuve a punto de despedirle por ello.

—Nunca supiste mentir bien, Isabel.

—¿No quieres creerme?

—Ni una palabra.

—Es igual.

—Comprendo.

—Está bien, si deseas la verdad, te la diré. Lo hice y lo haría cien veces. Estaba dispuesta a impedir, fuese como fuese, tu matrimonio. No podía consentir aquello. Era una locura, ¿entiendes? ¡Los hombres sois tan tontos! Sabía que ella reincidiría tarde o temprano. Era inevitable. Yo vielo lo inquieto que estaba en nuestra reunión en el Ritz. Hubiera dado su alma por beber una copita. La idea se me ocurrió cuando oí a mi tía alabar el licor. No me gustó,

pero admití que era exquisito. Sabía que no podría resistir la tentación. Y al recibirla en mi casa me dije a mí misma que, si veía que no había tocado la botella, abandonaría la partida y nos haríamos amigas. Es la verdad, te lo juro. Cuando volví y encontré la botella vacía, comprendí que estaba en lo cierto.

—Así me imaginé que ocurrió. — murmuró Larry con gran emoción—. Sofia ha muerto...

—¿Muerta?

—Apareció su cuerpo en el puerto de Tolón. La habían degollado.

—¿Oh, es horrible! ¿Saben ya quién la mató?

Y Larry sentenció, mirándola fijamente, brillando unas lágrimas en los ojos de ambos.

—No, pero yo sí. Ya no necesitamos preocuparnos más de Sofia, Isabel. Creo que al fin ha conseguido reunirse con los seres que amaba... con Bob y Linda... Sé que quisiera que fuese un poco más dura contigo... pero... ¿de qué serviría? ¡Adiós, Isabel! Cuida mucho a Gray. Te necesita más que nunca.

Isabel no pudo retenerlo. Quedó llorando donde él la dejara. Como su propia sombra. Somerset Moughan se acercó a ella.

—Le he perdido —gimió Isabel—. Nunca volverá. Le quiero con toda mi corazón y le he perdido. ¿Crees que volveremos a vernos algún día?

—No será fácil. América está tan alejada de la suya como el desierto Gobi.

—¿Es una locura un desatino? ¿Qué es lo que intenta hacer de su vida? ¿Qué espera encontrar?

—Pienso que Larry ha encontrado lo que todos deseamos y muy pocos alcanzamos. Todo aquí que le concierne se



—Pienso que Larry ha encontrado lo que todos deseamos y muy pocos alcanzamos.

sentirá más bueno, noble, digno y caritativo. El, amigo mío, la bondad es la fuerza más poderosa que hay en el mundo... y él la tiene.

...

Larry se enroló como simple maquinero en un barco acorazado. Había encontrado su propia alegría, su tranquilidad, y le parecía oír una voz que resonaba en los aires y que era como el grito de triunfo de su propio espíritu que había sabido desprenderse de todas las tentaciones y remontarse a las alturas de los grandes místicos.

F I N

